SOMBRAS EN EL JARDÍN

Manuel Rodríguez Barba

SOMBRAS EN EL JARDÍN

Manuel Rodríguez Barba

Avant
editorial

Primera edición, agosto de 2024
© Manuel Rodríguez Barba, 204

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-85-1
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-19937-2024

A mis nietos, Jimena, Ángela y Manuel

1

Mañana de luz borrosa con nubes de despertar grisáceo y Arión, otra vez, llegando tarde al jardín; indeciso de permanecer sumido en el desconcierto viendo resquebrajada la pared de enfrente, mirar la hierba abatida por falta de lluvia y a la sombra arremolinadas las hojas caídas de los árboles. Trastorno de ir y venir por el mismo sitio, contemplando el paisaje decaído del otoño; coincidente con lo descuidado de las calles, falta de alumbrado y tanta masa de asfalto y hormigón que parece hecho para insensibilizar el ánimo y confundir el pensamiento. En ciudad donde se proclama que se cuida cada detalle utilizando la inteligencia para que el daño que pueda causarse en caso de catástrofe sea el menor y, si fuera acontecimiento venturoso la satisfacción pueda medirse evitando euforias perjudiciales; un equilibrio juicioso que motive la conformidad de sus habitantes y se abogue porque se mantenga tan buen gobierno. Él, que lleva tiempo considerando que la mayoría de lo que ocurre a su alrededor es insólito, nada natural y malintencionado, ha pensado en manifestar su desagrado, incluso rebelarse, pero sabedor de que sería incapaz de vulnerar ninguna ley, ordenanza o advertencia, que las controversias le marean, las insistencias de quejas le provocan apatía y que enjuiciar a los que yerran sería significarse, está por preferir disfrutar de la suavidad de la brisa, admirar el vuelo preciso de las golondrinas y asomarse al río que discurre caudaloso hacia el océano. Que estando en eso comenzará a sudar le extrañó. Se le empapó el cuello, luego la espalda y cuando las gotas llegaron a las piernas se angustió de no tener el remedio con que detenerlo, y figurándose que, convertido en chorro, acabaría deslizándose por las calles, inundando las plazas y alarmando a los ciudadanos, hizo por idear cómo explicar que se trataba de un insignificante percance que subsanaría de inmediato, nada relevante, que aclararía y por lo que pediría disculpas. Con razones pueden desenmarañarse los hechos más arduos y de aquel, las causas eran sencilla de señalar: dormir

mal, ansiedad por las incertidumbres y lo frustrante de alargar la mano a coger lo que parece cercano y no llegar. Motivos de los que estaba dispuesto a liberarse para no acabar disgustado y con la resignación como sentimiento predominante.

Salido de casa con aire resuelto, sostenido el paso y el gesto serio, lamentó el deprimente estado de la ciudad, deploró el descubrir en la cara de los viandantes su disposición a aguantar los desmanes a que fueran sometidos y creyó que hacerse la ilusión de que aquello cambiaría a mejor sería engañarse y que la situación no solo continuaría así si no que iría a peor. Anda, con lo acostumbrado de hallar, entre el primer y último peldaño del subir por la escalera de un día cualquiera, lo de siempre. Está por resaltar lo que avala su decisión de ausentarse de la ciudad y, en la medida de lo posible, darse razones que justifiquen sea pronto. Por lo demás, ningún inconveniente a responder a lo que se le peguntase.

—¿Va hacia algún lugar?

—Sí.

Desear las cosas con intensidad es poseer por anticipado más de la mitad de lo que se pretende, la otra parte se obtiene eligiendo bien entre lo que se es capaz de conseguir y las ganas que se ponen en lograrlo. Hay intenciones que son amaneceres luminosos cuando se pone empeño en ello y las fuerzas acompañan.

—¿Sabe por dónde ir?

—Sí.

Hacia un resplandor en forma de señal, que orienta cada paso dando luz a la penumbra, abre caminos al andar y augura que al llegar se es bien recibido. Prolongación de sí mismo en una vida nueva, desplegado entero en la claridad de una aspiración hecha realidad.

—¿Lleva lo que necesita?

—Sí

Ligero de evocaciones, ha hecho desaparecer lo inútil y rechazado lo superfluo, puesta la esperanza por delante y como contenido del equipaje cumplir el sueño de habitar un cielo pequeño que sumar a un espacio inmenso.

No quiere estar solo, en alerta ante lo imprevisto, sin paciencia, con cara de intruso en su propia casa. No es pretencioso. Sabedor que la ciudad proseguirá siendo la misma, sencillamente piensa en

la posibilidad de irse inconforme con adoptar por siempre la actitud del descreído al que no le escuecen los ojos de llorar si no de mirar insistentemente donde hallar certidumbre. De todo con lo que las autoridades enaltecen la ciudad le consta lo mínimo; se siente como ante una derrota anunciada, que niegan los pedantes, mezquinos y soberbios que le rodean. Cuanto más observa la conducta de con quienes trata más le cuesta hallar personas honestas, gustadoras de la tolerancia y amigos de los buenos modales. No está dispuesto a cargar con injusticias, malvados, falsas noticias, ladrones, estupideces y aceptadores de humillaciones. Estirado cuanto puede, no alcanza el comienzo que vislumbra y de parado desea que sea fácil de remontar el primer obstáculo que se le presente. No está seguro de ser capaz de dirigirse a sí mismo y que su voluntad persista en superar los contratiempos que surjan. Está en el momento más delicado del confinado pendiente de ser liberado, enderezada la espalda y fruncido el ceño, temiendo se retrase por errores casuales o resoluciones malintencionadas. Rasgar la red en la que vive atrapado le atemoriza y dar el primer paso en un camino que intuye angosto le cuesta. Requiere la debida preparación, la minuciosa labor del artesano en conseguir la obra que le compense del esfuerzo.

Delante hay sigilo y sabor al salitre del mar traído por ráfagas de viento, entremezclado con el olor a tierra mojada por el rocío de la noche. Ve a un niño sentado en el suelo con cara asustada cogiéndose con las manos los pies descalzos, sucio el pelo enredado y sus preciosos ojos castaños anegados en lágrimas; un apuro puesto donde se vea y que alguien haya de convertir en un cuadro alegre para que la tierra no se abra y se trague la ciudad entera. Arión ha doblado la esquina y puesto enfrente no tiene escapatoria

—¿Tienes frío?

—Sí.

El tejado gotea, la escalera de atrás está oxidada y hay una linterna apagada en el alfeizar de la ventana más baja dejada por uno que creyó no daría luz suficiente para iluminar un alumbramiento.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí.

El foso que separa una calle de la otra está cubierto de maleza. Un coágulo pugna en el fondo de un vaso por volver a ser líquido y

quienes examinan las provisiones almacenadas para eventuales necesidades están a falta de tiempo para distribuirlas

—Ven

—Sí.

La casa tenía las puertas abiertas, una bañera con agua tibia y en la cama sábanas limpias.

Ha humedecido su garganta seca en una fuente cuajada de juncos y está por hacer ruido porque se sepa que ha cumplido con lo que fomenta estar en paz consigo mismo. Mira de refilón a los lados y, viéndolos vacíos, opta por acortar el discurso que estaba componiendo. Con el cielo despejado, el silencio mecido de armonía y la brisa cuajada de olor a dalias, vive un instante dichoso. Es hombre que funciona con la buena voluntad de los insomnes que hacen caso de las ensoñaciones.

Sabido es que la nieve que empezaba a caer en las montañas las envolvería de blancura a la espera de derretirse en primavera para ser principio de manantiales discurriendo a hacer renacer lo que contiene la tierra. Él, al compás del latir de su corazón, se mantenía pendiente de hallar lo que buscaba, haciendo porque el buen aire que respiraba no se mezclara con el humo negro de las chimeneas y el vaho que desprenden los malogrados que se calientan en hogueras con más cenizas que llamas.

Las campanas de la torre de la catedral repicaban y el reloj daba la hora en punto, cuando tuvo que detenerse en seco para dejar pasar a un hombre, que, con una silla destartalada bajo el brazo y un saco al hombro, caminaba apresurado. Pensó que, más que escapar de otros, sería de sí mismo, por lo ensimismado de su aspecto y la mirada fija en un punto ilusorio, tanto, que distraído tropezó con el bordillo y cayó con el estrépito de un cacharro que se rompe. Tan cerca, que hubo de auxiliarle. Le colocó el saco contra la pared y recompuso la silla cuanto pudo.

—¿Se ha hecho daño?

—Mucho, que sumado al que traigo de antes hasta para mí es demasiado.

Uno, pensó Arión, sin sitio, que estaría, infructuoso, dando vueltas en demanda de algo. Había una neblina cenicienta ocupando las

aceras y la calzada haciendo de cada sitio una esquina e impidiendo avistar con claridad quienes iban o venían.

—En lo que pueda estoy a su disposición. —Se ofreció él comedido.

—Llegas tarde; además, con esa cara de pasmado y mirada desilusionada no creo que estés en disposición de ayudar. Me da que ni para ti tienes bastante.

Precisamente cuando tenía la sensación de estársele acrecentando el ímpetu del satisfecho consigo mismo que hace superar las vacilaciones, le golpean fuerte y seco. Le dolió ser rechazado tal como se rehúsa a los inoportuno. Reaccionó diciendo seco:

—Adiós.

—Te retiras frente a quien opone resistencia a tus presunciones y pretendes, dándote por ofendido, irte insultando. Debieras sentir vergüenza de intentar ponerte por encima de los que valen más que tú. Eres atrevido por ignorante.

Notó Arión, bajo los pies, una sacudida y que la pared en que se apoyaba se tambaleaba. Falto de fuerzas cuando intentó alejarse tuvo la sensación de estar enganchado a las ramas de un níspero tumbado por la ventisca de hacía unos días que desbarató campos, arruinó casas y cubrió las calles de nevisca resbaladiza. Seguro que aquel también sufrió las consecuencias y, siendo tan reciente, seguiría afectado. No quería revivir acontecimientos que hicieran parecer estaba malhumorado digiriendo disgustos ni fomentar recuerdos de hechos anteriores que le embrollaran el pensamiento. Está meditando la manera de marcharse de la ciudad y, por la enorme trascendencia que supone, piensa, que por no distraerse debe hacer caso omiso de aquel deslenguado. Con una expresión clara de no estar dispuesto a soportar impertinentes giró la cabeza hacia atrás para responder al hombre que lo miraba despectivo:

—Voy firme el paso y resuelto el ánimo, ni mil como usted me retendrían.

La calle acababa en un cruce por el que circulaban, como en desbandada, cientos de vehículos a toda velocidad. Él, entre intimidado y cauto, percibía el cielo como un inmenso globo azul en el que depositar con cuidado los planes que puestos en acción preveía le conducirían fuera de aquella ciudad tendente a descuidar el bienestar

de sus habitantes, convertirse en ruinas y que, incluso, aunque descubriera donde y con quienes pudiese ser habitable, no era para vivir en ella. Ideas que fomentaba porque le aumentase la certidumbre en su juicio y se le reforzara la autoestima por la decisión tomada, disposiciones que alentaban sus ganas de encauzarse hacia un porvenir halagüeño. Lo que le causaban el retraso en dar el paso definitivo eran las lecciones amargas de anteriores intentos malogrados por precipitarse y no controlar sus altibajos emocionales. De esas cavilaciones tuvo que desviar la atención, sobrecogido por los gritos de una mujer lanzada a medio vestir desde un coche frenado con chirrido a su lado. Los pechos pequeños agitados por la respiración alterada, el pelo rubio ensortijado revuelto y las manos dos palas de panadero clamando venganza. El coche, al arrancar precipitado, casi lo atropella. Porque se cubriera le entregó su chaqueta, que ella recogió con la irritación de quien recibe tarde un encargo pedido urgente.

—Inadmisible —dijo, sobresaltado y confuso.

—No me pagan y, además, me roban —clamó la mujer enrabietada.

Se miraron parecidos a quienes a la vez se niegan a comer pan duro y piden se lo metan blando en el bolsillo.

Semejantes a esos personajes renegridos por los incendios que suelen provocar ellos mismos, alegando que peores son los que se lucran cortando los árboles del bosque, uno apartó los rescoldos para respirar aire limpio y la otra, inclinada, buscó los zapatos para patear, sin dañarse los pies, su mala suerte.

—Cada vez peor. Ahora con violencia —dijo Arión en un susurro.

—La culpa es de vosotros los mansos. Lo veis, calláis y solo cuando os toca de cerca lo lamentáis, aunque al rato lo olvidéis.

De quienes cuando el tiempo les dé para ello, frente al edificio principal de los guardianes del orden agitan los puños reclamando suelten la fiera capaz de tragarse a las abominables que hostigan, muerden y arañan a la gente corriente.

Ya ocurre que por la hartura de los desmanes hace que a los que se alumbran con su autoridad y enarbolan la bandera de la rectitud se les reclame que, ausentes las buenas costumbres y se incumpla la legislación, hagan por disponer de algo parecido a una jauría que

despedace a los causantes y la barbarie se enjaule. Él, pese a que no sea partidario del uso de la violencia y de las imposiciones, dijo:

—Somos muchos pidiendo que, aunque haya de pagarse por ello, se haga porque prevalezca el respeto y los buenos modales.

—Das una prenda que te sobra y tocas a arrebato erigiéndote paladín de los ultrajados. Llevo años pinchada y humillada por gente que me ha dado más que tú. Si me fiara de ti acabaría en un barrizal desnuda y sin la cartera.

Tantos desfiles, ceremonias y disputas escenificadas por doquier harían que aquel encuentro, rápido que fuese o solemne que quisieran representarlo, pasaría como uno de tantos acontecidos sin consecuencias, por lo que sería ignorado por los despistados, eludido por los ocupados y por insustancial, puesto como a enmohecer encima del fogón de una cocina de esas que se conservan en los viejos cuarteles y los conventos abandonados. Para Arión era una casualidad el estar allí y acabaría explicándose lo sucedido como algo nimio, innecesario de recordar por lo nulo de su influencia en lo que determinase. La mujer le pareció de las que se alzan y rompen con estruendo de ola impetuosas, sabiéndose que por modelada del barro acabará siendo polvo en un camino o por poco sustanciosa sobrante en cualquier cesta de la compra. Fue uno de esos sucesos intranscendentes que, como la mayoría, van camino de uno de los agujeros negros en que acaban los estropicios de los maliciosos y también las buenas intenciones cuando no tapan heridas ni aportan soluciones. Viéndola erguida y el gesto de dar lecciones, se alejó de ella a zancadas, reafirmándose en preferirse dueño de sus actos y no dar por bueno le interrumpan en lo que tenga previsto.

Es difícil que crezca la hierba entre tanto cemento, hierro y asfalto. Los guardianes de la normalidad, no obstante, la recrean radiante cual alfombra de desfile de modelos con flores en los bordes, árboles ornamentales en hilera y pérgolas en perspectiva. Todo, en un simulado revuelto natural de confortable espacio recuperado para solaz común, paseado en brazos para mostrarlo a los ciudadanos honorables y que sea asumido como pertenencia de cada uno a los que se les muestre, en evitación se contaminen de los desafectos a los mandatarios, y mal orientados se tornen insidiosos, se sientan frustrados y se quejen. Él, que hace tiempo pedía no sirviese césped tan brillante de

punto de evacuación fecal para perros mal acostumbrados o a cuerpos gloriosos que no se aguantan el mear, desligado ya de declaraciones propagandistas, va tratando de esquivar las sombras de los árboles desatendidos a sujetarse en un tallo con raíz profunda que cualquier viento no arranque y no admite que tenga que llevar como una cruz los pies magullados, incapaz de hallar dónde reposar. Conocedor que nadie tejerá de nuevo lo deshilado del paraíso perdido, se prepara para el esfuerzo que le supondrá alcanzar una nueva tierra en que, pese a que no le esperan, intuye será bien recibido. Camina consciente que tendrá que superar pruebas duras, afrontar fatigas y embates de desaprensivos, que, aunque no le arrendarán le costará superar. Antes, quiere recobrar del olvido las cosas buenas que tuvo y aligerarse del débito que pudiera corresponderle por qué, siendo vecino de tan amarga ciudad, no se hubiera aplicado a que se dulcificase.

Procede como a recomenzar de nuevo, midiendo sus fuerzas y haciendo por no obrar iluso para no verse como con la nariz pegada al cristal de un escaparate repleto de lo que quiere sin poderlo coger.

Avanza Arión sumido en el profundo silencio que antecede a los grandes acontecimientos, abstraído y al pronto reflexivo ante el sol impertérrito de siempre elevado por encima de las nubes, el volar precipitado de una bandada de palomas en busca de alimento y lo agitado de las hojas en las ramas como disconformes de la sujeción a que les somete la naturaleza. No acepta que le cerquen cuatro paredes, se le pretenda apartado en un rincón de la ciudad a ser mero espectador de lo que acontece, le den lecciones de comportamiento los zafios y se provoquen ruidos que le taladran las sienes. Está harto de falsarios exhibiendo sus trucos de prestidigitadores y mediocres personajes aparentando grandeza, todos destrozando lo sencillo, tratando que no se distinga lo falso de lo verdadero. Impulsivo no es, pero experimenta la necesidad de reprochar lo que detesta y marcar distancias con los desaprensivos. Camina, precavido, por los alrededores de la vieja puerta de la muralla por donde salían y entraban señores y siervos a distintas horas para no mezclarse, absorto en lo suyo, divagando con atisbar el más hermoso de los amaneceres allende de un mar de navegar incierto, pero esperanzador.

Su andar se torna lento por el viento en contra que trae consigo el frío usado de madrugada y que le invada un sentimiento de inutilidad.

No se encuentra bien, siente sofoco al respirar, necesita un reposo y, con los ojos cerrados, se ve en el suelo alejándose a gatas del humo de los incendios entre señales de orientación rotas y botas con remaches obstaculizándole el paso. Creyéndoselo, se marea y vomita. A levantar la vista, lee que se anuncian peleas de perros y gallos y, aunque avanza, lo hace aturdido por los gritos con que los dueños de los vencedores festejan su triunfo, hace por no parar, pero al poco le fallan las piernas y cae; vuelve a cerrar los ojos y se estremece figurándose la plaza llena de prisioneros golpeados con barras de hierro y los que se resisten colgados boca abajo de los balcones. Visiones que se le aparecen y apabullan, en un girar dentro de su cabeza alucinantes batallas, entre gente igual de altiva y furiosa. Con la angustia atenazándole el corazón, con una mano se tapa los ojos para no verlo y, con la otra, la boca para contener un grito que lo delatara. Teme ser descubierto y que le obliguen a tomar partido. No está ni por que sea sometido a los desmanes con que son doblegados los derrotados ni comportarse con el salvajismo de los vencedores. Se estira pensando que nunca ha implorado misericordia ni sonreído a los que causan daño.

El desconocido que se le acercó vestía camisa roja y pantalón azul. El pelo lo tenía chamuscado y la cara de espanto. Con la boca seca, las palabras le salieron tropezando.

—Aunque la ciudad sea tan grande, si los muertos van a más, será difícil hallar gente y lugar para enterrarlos.

—Seguro que sepultureros hay acostumbrados a las arcadas y cavar hondo para que haya sitio de sobra —respondió él, sorprendido por la absurdez de la afirmación del personaje aquel.

Debieran hacerlo sin hacer ruido, piensa, por lo del mal despertar que tienen los muertos.

—Peor oficio es el de rematar a los moribundos —afirma rotundo el hombre—, aunque sea por compasión.

Supuso Arión que tal oficio no encontraría quien lo ejerciera y de encomendar a alguien tan horrible tarea sería a una de esas máquinas que se empeñan en fabricar que ni vacila ni falla.

—Si los muertos no reclaman —continuó el desconocido— y el pensamiento de los vivos está en otro sitio, de nada de eso se pedirán cuentas.

Quedará la pavorosa mueca de los que se horrorizan porque sucedan cosas tan terribles.

—Este lugar está maldito, cada vez más inhóspito y el olor hediondo insoportable —protesta el hombre—. Quienes lo habitan acabarán dando lástima.

Relincha el caballo rotas las patas delanteras, quien lo monta escupe contrariado y, de los dos, se ha de juntar espuma y saliva con que tragar la fatalidad.

—Más que los derrumbes y calamidades, que siempre ha habido, lo malo es no se haga para evitar que continúen.

Lo dice él, que piensa lo importante que es no claudicar, tratar de apaciguar y evitar la sinrazón. Lleva tiempo experimentando la sensación de fracaso y trata de quitárselo de la cabeza. Cree que, si las cosas mejorasen, la hecatombe final se retrasaría, dando tiempo a marchar a quien quisiera abandonar la ciudad. No puede ser que bandos enfrentados destruyan la ciudad, que las mujeres desangren su fertilidad en luchas fratricidas y los hombres sean capaces de con los huesos de los muertos hacer tabas para jugar con ellas. Y aunque cree que nunca es tarde para transformar las afrentas en respeto y la insensatez en prudencia, está lejos de considerar tuviera que colaborar a que suceda.

Trascurría la mañana extendiendo su ofrenda de luz y calma a un Arión que hace por andar placentero hacia donde llenarse con la claridad de verse cristalino como el agua de la que aspira a beber para calmar su sed. Pletórico asciende una cuesta empinada como por una colina ondulante al contraluz de los reflejos del sol en las hojas de las magnolias y del latir acompasado de su ilusión. Vive un sueño breve de verse ante un horizonte despejado, resistiéndose a acabar enredado en la negra maraña del remar contracorriente y sea el mismo trecho del camino el que recorre una y otra vez en soledad.

Camina bulléndole en la cabeza pensamientos extraños que le confunden. No entiende que el sol tibio y luminoso que traspasa las nubes de tenue blancura al llegar a calles de suelo retorcido y edificios oscuros no sea capaz de enderezarlos y hermosear. Falto de seguridad y de apoyos para seguir se sentó en el escalón de un portal. Adormilado fraguó una historia que avalase su afán por abandonar la ciudad.

Por casualidad se unió a quienes escoltaban la comitiva funeraria de un ejecutado entregado a su familia después de ser declarado inocente por un tribunal superior al que lo condenó, resolución que fue comunicada tarde al director de la prisión donde se le agarrotó. Por orden consistorial, les ha sido prohibido el uso de crespones, muestras de ira y griterío pidiendo reparación. El trayecto está desierto de gente ajena al sepelio, los asistentes vigilados y las campanas doblando por otro muerto. Encabezándola, tres con indumentaria de penitentes, capirote y esclavina; en medio, el coche mortuorio, más pequeño que el ataúd, del que tira una mujer desgreñada con maquillaje de cadáver y, detrás, siete hombres y seis mujeres de blanco riguroso. La que arrastra el vehículo, se cubre la cabeza con un velo negro y lleva enrollada bajo los pechos una cadena de eslabones desiguales que han atado al parachoques. A cada doce pasos aúlla hasta donde le permite la sordina a que le obligan.

—A los desgraciados nos cortan el pico, al sufrimiento que soportamos lo llaman abrigo de peores calamidades y, al llanto, gracia, que nos evita quedar roncos de chillar. Pronto nos darán de comer lo que queda después de lamer el plato.

Abultándole más la frustración que la ropa, gotea bilis y la tensión de su gesticular de ir a reventar. Él levantó la cara y la miró compasivo como con una vela encendida para alumbrarla en la oscuridad. Solemne dijo:

—Mi deseo es que se impida lo injusto, que cada uno reciba lo que es suyo y que predomine el convencer sobre el reprimir.

Difícil hacer que se desvanecieran las sombras, como sonrosar las mejillas lívidas del muerto o que la pertinaz sequía no acabase con el agua de los pozos.

—¡Qué gran pena! —masculló la mujer—. No me curaré del espanto de tocarle y sentirlo helado ni podré dominar la rabia oyendo el resonar de los cascos de los esbirros cuando pasen coceando por mi puerta. Odio y ansia de venganza serán mi alimento de aquí en adelante.

El espacio de la ruina se agranda y los pactos hechos para la convivencia perecen, presagiando un malestar que hará irremediables las contiendas y un paisaje desnaturalizado. Arión, que está por la pacificación, hace, a su manera, un llamamiento a la concordia, pese a

que cree que por siempre el abismo que se ha abierto entre verdugos y víctimas existirá,

—A cada uno se nos considera por lo que parecemos y todos quisiéramos ser más que por lo que se nos tiene. Usted sufre y eso es imposible separarlo de la realidad, pero si no consigue hacer de la turbulencia de la ola sobre la que va espuma que se disuelva en la playa, su tormento no cesará y hará inacabable la lucha.

Tensa él la cuerda floja por la que es dificultoso andar para que la mujer, aunque con cuidado, pueda pasar e ir adonde descansar. Le deseó que, antes de llegar a la plaza donde concluía la calle por la que iban, el padecimiento le remitiese. Notó lo irrespirable del ambiente y buscó por dónde ausentarse sin importunar.

—Más allá de las tinieblas —rechina ella— retumbarán las alas de los buitres revolviendo los huesos que piden desquite y, de esta parte, se pudrirá la carne para que de la tierra brote la soga con que ahorcar a inductores y consentidores del crimen. Los de alrededor serán confinados de por vida donde tengan que andar a tientas por cómplices y negligentes.

Andar a zancadas produciendo estrépito y que chasqueen los pensamientos como ramas secas partiéndose, producen desvalimiento y enconan la solución. La mujer, acosada por el resentimiento, tiene el rostro afilado, garras en los dedos y en el corazón un hueco por el que cabe la mano del muerto por el que llora. A Arión, al que el sol estando en lo más alto le pareció como declinando, se mostró conciliador.

—Mejor una lágrima que una hoguera. Es más, una gaviota surcando el cielo que cien aviones bruñidos para la barbarie. Haga porque se quiebre la cáscara, para que, aparecida la semilla, lo sea de su nueva vida.

Mientras hablaba sintió un cosquilleo en la palma de la mano, ligereza en los pies y movió la cabeza dándose la razón. La mujer tropezó y, parado de repente el coche mortuorio, siguió el féretro que sin apoyo cayó dando en el suelo un golpe seco que lo estremeció. No esperó a ver más. Ya sabía él que lo que se comienza a pudrir no puede parar de estarlo y que el pico de los cuervos es negro.

La impresión que le quedó de lo que imaginó, la comparó con la sensación del que asiste obligado a un suceso desagradable. En su caso, no es que lo hubieran metido a empujones ni tenido que

escuchar a la fuerza, pero intervino sin convicción. Fingir no, porque el dolor ajeno, siendo profundo, le afecta y le es inevitable tender a consolar al afligido, aunque casi nunca lo consiguiese.

El silencio le agobia, hace que su pensamiento gire impreciso. Anda con cautela sintiendo disgusto por avanzar a paso de tortuga. Confuso deja caer los brazos con sensación de impotencia. Quisiera poder asomarse a un horizonte marino con el agua lisa y brillante como un espejo, que no le entristeciera que el cielo ennegrezca, que pudiera evitar que emergiese el infierno en forma de guerra o hacer que la espera no le fuese insoportable. Está en que le sea concedido suficiente confianza y valor para no sucumbir en ciudad tan desastrosa y, puesto en camino, transitar con tranquilidad ajustando el avanzar a la intensidad de sus deseos. Pese a preferir lo paciente a lo temerario, hay días que tiene lo que le frena como una derrota.

Por ser la hora, entró a comer en un restaurante, no de esos en que piensa podrá hacerlo más adelante. No obstante, en el que almorzó le agradó, fue en un gran salón con cuadros impresionistas colgados de las paredes, la música de ambiente de violonchelo y el café, delicioso. Salió satisfecho de ser como era y haciendo por verse gustoso en un espacio amplio, puesto encima de un caballo al trote guardando el equilibrio y con la facultad de con un soplo le valiese para cambiar lo que quisiera. Le acongoja pensar que una desdicha repentina le obligara a parar. Se pretende alejándose de lo que pudieran ser calles cubiertas por las cenizas de incendios, edificios con los tejados hundidos, hubiese gente teniendo que mendingar para comer y padres e hijos insultándose. Cavila, en una alterada mudanza de pensamientos, en tantos y más quebrantos que asolan la ciudad, que a las cosas hay que llamarlas por su nombre por desagradables que sean y que estando en camino de sitio tan agradable no debiera distraerse con lo que le retrasara.

La tarde se anunció diferente a la mañana en día que presentía iba a ser importante en su vida. Pensaba en un porvenir donde tuviese asiento la fortuna de la que hasta entonces había carecido. Estaba dispuesto a dejar de ser péndulo descompensado en un balancear arrítmico en medio de una ciudad decepcionante. Vislumbra imágenes llegadas de un lugar remoto resonantes de ecos poderosos incitándole a no parar, pese a que sentía las piernas cansadas, plomo

en los brazos y una parte de su consciencia percibiera el viaje a iniciar como el principio de un destierro. Contra esa impresión se rebelaba y, en cierta manera, le avergonzaba. Por librarse de esa percepción se estiraba cuanto podía a creerse capaz de abrir un boquete en el muro más colosal que se le pusiera delante y, atravesado, hacer de su primera pisada umbral de la gran casa a que se acogiera. Al momento se retrae porque duda que pueda sobrepasar el primer obstáculo del recorrido, supone el segundo más difícil aún de superar y el tercero casi imposible de franquear. Tuvo una sacudida de pensar que pudiera ser cada uno de esos lugares tan oscuros por tuviese que caminar a tientas. Que lo que entreveía le impidiese seguir con ganas, hizo que insistiera en fantasear con algo con que le valiese para afianzar su intención de abandonar la ciudad.

Entornados los ojos, y oyendo el barrido que el viento hacía del camino, vio una larga fila constituida por una multitud que uno a uno nadie podría contar; su peso combaba el suelo y el aire apenas llegaba para todos. No dejaban de engrosarla gentes con cara de renuncia y ademanes de docilidad. De pie o sentados, en apacible conversación, tendidas las manos, abrazados, reclinados en el propio hombro, unos y otros doran la espera animando al vecino y otorgándose la plena certidumbre de que persistiendo alcanzarían lo deseado. Las esbeltas vestían de babilonias, los más altos de campanario, los había con careta de pájaro carpintero, miopes disfrazados de buscadores de oro y los que con los pies entumecidos pateaban el suelo por sentirlos. Un desfile con algunos inmovilizados por el peso con que cargan en un otoño de niebla penetrando desde el mar y la maleza arraigando en las calles de la ciudad. A cara descubierta pocos, y fue dirigiéndose a uno de ellos por quien se interesó por el significado de aquello.

—Sin que sea tomado por entrometido, ¿están aquí por algo especial?

Percatado exageraba la afabilidad con que preguntaba y, porque no fuera tomado por curioso empalagoso, puso los ojos en el empedrado y hundió un poco más los hombros.

—La causa principal es que tantos no cabemos en una celda ni debajo de una bota. Aquí nos sentimos parte de un éxodo camino de la liberación. Únase a nosotros, cuantos más seamos mayor será la